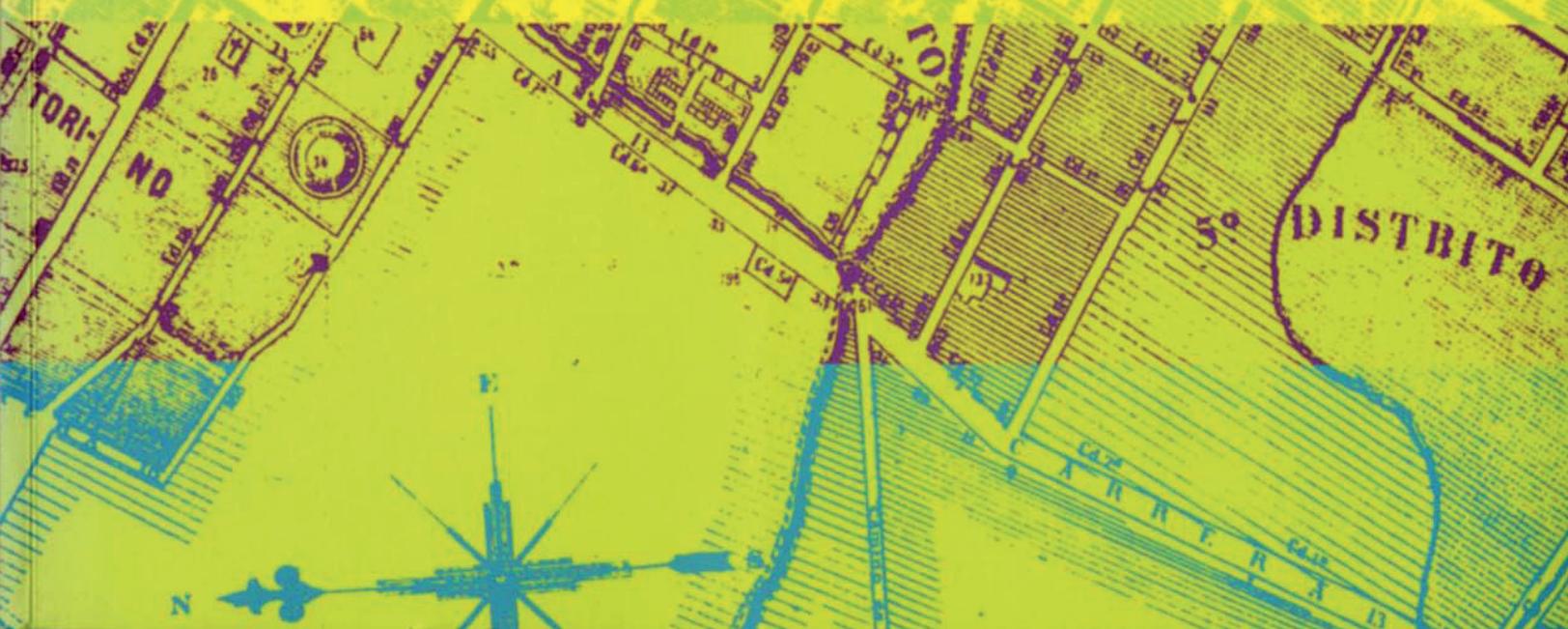


ALFREDO
IRIARTE

sociedad de mejoras y ornato de bogotá
universidad de bogotá jorge tadeo lozano

OJOS SOBRE BOGOTÁ

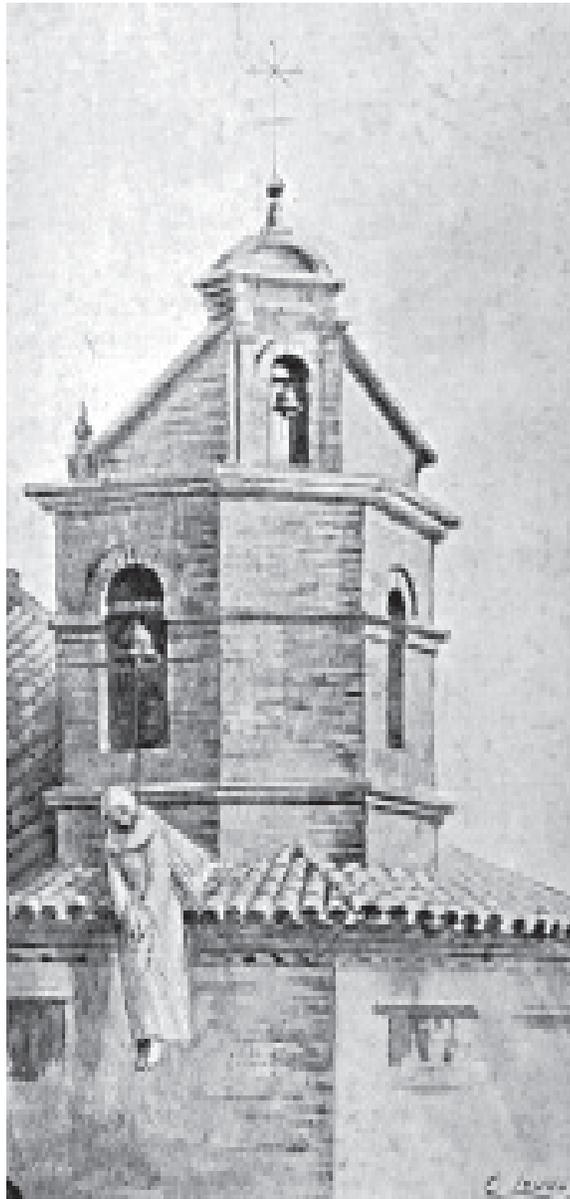


UN APORTE
CULTURAL DE

LA SOCIEDAD DE
MEJORAS
Y ORNATO
DE BOGOTÁ Y
LA UNIVERSIDAD
DE BOGOTÁ JORGE
TADEO LOZANO

A LA MEMORIA
URBANA DE
BOGOTÁ
Y A LAS FUTURAS
GENERACIONES

O J O S S O B R E
B O G O T Á



CAMPANARIO DE SAN FRANCISCO, DEDONDE SE
COLGÓ LA MONJA ÚRSULA POR UN DESAFECTO
COLECCIÓN ÁLBUM ORTEGA RICAURTE, SOCIEDAD DE
MEJORAS Y ORNATO DE BOGOTÁ

ALFREDO IRIARTE

PREFACIOS INTRODUCTORIOS
Y SELECCIÓN DE TEXTOS

OJOS SOBRE
BOGOTÁ

SOCIEDAD DE MEJORAS Y ORNATO DE BOGOTÁ
UNIVERSIDAD DE BOGOTÁ JORGE TADEO LOZANO

Iriarte, Alfredo, 1932-

Ojos sobre Bogotá. - Santafé de Bogotá:
Fundación Universidad de Bogotá Jorge Tadeo
Lozano, Sociedad de Mejoras y Ornato de Bogotá,
1999.

368 p.; 28 cm.

ISBN 958-9029-14-0

1. Bogotá - Historia. I. t.

CDD-986.148'168o

Primera edición: Bogotá, agosto de 1999

© Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano

Carrera 4 No. 22-61 PBX 2427030

www.utadeo.edu.co

© Alfredo Iriarte

ISBN 958 9029140

FOTOGRAFÍA: JUAN CAMILO SEGURA

DISEÑO: CAMILO UMAÑA CARO

COORDINACIÓN Y PREPARACIÓN EDITORIAL UJTL: FELIPE DUQUE RUEDA

ESCÁNER: LUIS CARLOS CELIS Y JOSÉ BONILLA

EDICIÓN Y RETOQUE DIGITAL: FELIPE DUQUE RUEDA

SANTA FE DE BOGOTÁ, D.C. - COLOMBIA

Contenido

<i>Prólogo</i>	9
<i>Presentación</i>	11
1. HACIA UNA FUNDACIÓN EN LAS ALTURAS	17
2. TEMPRANAS MUESTRAS DE LA PICARESCA SANTAFEREÑA	37
3. LA BUROCRACIA SANTAFEREÑA EN EL SIGLO XVIII	49
4. EL CRONISTA IMPERTINENTE	59
5. UN VIKINGO EN EL BOGOTÁ DE 1825	75
6. DE ESCOCIA A LA MESETA BOGOTANA	95
7. INCOMPARABLES TESTIMONIOS DE UN VIAJERO FRANCÉS	113
8. LA MEMORIA BOGOTANA DE JOSÉ MARÍA VERGARA	139
9. RECORDANDO A DON JOSÉ MARÍA CORDOVEZ MOURE	157
10. EL BOGOTANÍSIMO CRONISTA PEDRO MARÍA IBÁÑEZ	171
11. BOGOTÁ DE AYER EN LA MAGIA LITERARIA DE TOMÁS RUEDA VARGAS	187
12. EL BOGOTÁ DE ANTAÑO EN EL TEATRO DE LUIS VARGAS TEJADA	205
13. NACE LA NOVELA URBANA EN BOGOTÁ	227
14. DÍA DE DIFUNTOS EN UNA CIUDAD TRISTE	241
15. UNA VERSIÓN FANTASMAL DE BOGOTÁ	251
16. UNA ATALAYA DE TIERRA FRÍA	257

17.	ALBERTO LLERAS Y SU CIUDAD NATIVA	269
18.	ECOS PROUSTIANOS EN LA VIEJA BOGOTÁ	289
19.	UNA AFECTUOSA MIRADA BOLIVIANA SOBRE BOGOTÁ	305
20.	UN MIRADOR SOBRE BOGOTÁ EN LA PLAZA DE BOLÍVAR	339
21.	EPÍLOGO: LA SANTA FE DE JORGE TADEO LOZANO	359

PRÓLOGO

BOGOTÁ TIENE MÁS de seis millones de habitantes. Sin embargo, si se pregunta por el gentilicio de estas personas, con seguridad sólo un treinta por ciento responderá que es bogotano. Los demás ciudadanos dirán que son colombianos, o con orgullo señalarán el nombre del municipio en que nacieron.

Haga usted el ejercicio. En una reunión cualquiera, pregunte cuántos de los presentes son bogotanos. Después pregunte, a quienes no se sienten bogotanos, cuánto tiempo hace que viven en la capital, y si piensan o no regresar algún día a su ciudad de origen. Se sorprenderá: ninguno de ellos afirmará querer regresar a su terruño. ¿Por qué? Porque la consolidada característica de la capital de la república consiste en ser la ciudad de las oportunidades. Todos hemos recibido aquí las mayores facilidades que pueda otorgarnos para nuestras vidas: en Bogotá formamos nuestras familias, trabajamos y progresamos; en esta ciudad hacemos nuestra vida y en ella moriremos, pero somos pocas las personas que nos sentimos bogotanas.

Uno de los objetivos de la Sociedad de Mejoras y Ornato de Bogotá es trabajar «por la promoción y conformación de una conciencia cívica comprometida con la ciudad». Esta entidad sabe que buena parte de la conciencia cívica se cultiva, entre sus habitantes, mediante la conformación de la identidad de la ciudad y el sentido de pertenencia y apropiación que los ciudadanos desarrollen en relación con ella.

Desde 1938, la Sociedad ha trabajado en este sentido: en ese año publicó un libro con las más espectaculares fotografías de los hitos históricos, urbanísticos y arquitectónicos que existían. A partir de entonces, y hasta ahora, la Sociedad ha resaltado a las principales personas y entidades que trabajan en beneficio de la ciudad y de sus habitantes para, mediante la entrega del «Premio Gonzalo Jiménez de Quesada», estimular su actividad y proponerlos como un ejemplo que debe ser imitado por todos nosotros. La Sociedad promovió y participó en la fundación de la Academia de Historia de Bogotá, con la seguridad de que la identidad de los bogotanos debe partir del conocimiento de nuestro pasado para, juntos, construir un mejor futuro para la ciudad.

Con este mismo criterio, la Sociedad publicó, en compañía de la Organización Pedro Gómez y Cía., un esperanzador libro titulado Bogotá, de la devastación a la esperanza, en el que es posible constatar, mediante fotografías históricas comparadas con fotografías actuales, que si bien son muchos los males que un malentendido desarrollo ha causado para la memoria urbana de la ciudad, hay signos esperanzadores para la arquitectura bogotana –cuyas más importantes joyas están siendo preservadas y restauradas– con la aparición de renovadoras corrientes urbanísticas, que pretenden hacerla más vivible y amable para sus habitantes.

Ojos sobre Bogotá es un nuevo esfuerzo que realiza la Sociedad de Mejoras y Ornato de Bogotá, esta vez en compañía de otra de las instituciones que mayores servicios le ha prestado a la ciudad y al país, la Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano, para que los habitantes de hoy conozcan su ciudad y parte de su historia a través de los cronistas que se han ocupado de ella desde su fundación hasta la tercera década del presente siglo.

El lector de este libro podrá recorrer de la mano de los cronistas las diferentes épocas de la ciudad, conocer las costumbres imperantes en cada una de ellas y la particular forma de los bogotanos de ver y enfrentar la vida. Para hacer más agradable este recorrido a través de las voces del pasado, el lector contará con la incomparable compañía del maestro Alfredo Iriarte Núñez quien, con su pluma mágica y su característico humor, le servirá de lazarillo para introducirlo en cada uno de los ambientes que componen esta obra.

Tal vez por la obvia verdad que contiene, se ha vuelto un lugar común la frase según la cual «los pueblos que no conocen su historia están condenados a repetirla». Este libro complementa el titulado Bogotá, de la devastación a la esperanza, en su propósito de mostrar a los bogotanos de hoy su pasado, con la abierta intención de que lo conozcan y valoren como parte integrante de la vida que han decidido llevar aquí, en la ciudad de las oportunidades.

E L V I R A CUERVO DE JARAMILLO

Presidenta

SOCIEDAD DE MEJORAS Y ORNATO DE BOGOTÁ

PRESENTACIÓN

DESDE LOS DÍAS de su fundación en remotas alturas, en un lugar considerado en ese entonces como de muy difícil acceso, la capital de Colombia ha sido para quienes han vivido en ella provisional o permanentemente, foráneos o nativos, objeto recurrente de observación y aliciente sólido para el ejercicio de la escritura. Sin temor a inexactitudes, puede decirse que sobre el taciturno pueblo grande que por siglos enteros fue Bogotá, ciudad hoy instituida como precaria metrópoli ecuatorial, no sólo ha caído la sempiterna llovizna cuya imagen literaria divulgó universalmente García Márquez. Sobre Bogotá han corrido también ríos de sangre e igualmente, para fortuna de todos, caudales de tinta escrita. Este último y encomiable fenómeno ha sido el origen de la antología que aquí nos ofrece el historiador, literato y humanista integral Alfredo Iriarte: una variada y sustanciosa colección de textos que de múltiples formas retratan, a lo largo de sus más de cuarenta décadas, a esta ciudad todavía joven (aún no cumple su medio milenio, aunque se cuenta entre las más antiguas de América), aquejada hoy (y quizá desde sus inicios) por conflictos y desequilibrios, pero donde no deja de germinar la esperanza y la ideal aspiración a una vida mejor en todo el que ha tenido ocasión de habitarla.

En la compilación de miradas y escritos sobre la capital de Colombia ofrecida aquí por el profesor Iriarte, que en su conjunto no sólo es testimonio de lo que Bogotá ha sido y es, sino también herramienta viva al servicio de lo que puede llegar a ser, merecen destacarse dos aspectos:

En primer lugar, la selección certera de los textos, comenzando por los de observadores extranjeros, en cuanto tales “imparciales” frente al fenómeno histórico llamado Bogotá. Atendiendo las inquietudes de perspicaces cronistas foráneos de Bogotá, perplejos ante el paradójico carácter insular de nuestra ciudad andina (calificada reiteradamente como “el Tíbet de América”, apelativo que en un sentido geográfico estricto quizá le correspondería mejor a La Paz –Bolivia–), cabe todavía hoy preguntarse: ¿por qué se eligió a la inaccesible Bogotá como sede y centro de gobierno de un territorio tan vasto como el de Colombia, y no a

Cartagena, esencial puerto marítimo de América, urbe codiciada por Inglaterra, Francia y Europa toda, reconocida desde su fundación como enclave imprescindible del comercio mundial? Y aun descontando a la gran ciudad del Caribe: si se trataba de establecer la sede de gobierno en el interior remoto de la tierra firme, ¿por qué no se fundó a Bogotá en un terreno más propicio para la comunicación y el comercio, por ejemplo donde hoy está situada Honda? La elección atípica del lugar por parte del licenciado Jiménez de Quesada ha incidido desde hace más de cuatro siglos, no sólo en la vida de los bogotanos, sino de todos los pobladores de Colombia, aunque de ello no tengamos la debida conciencia.

Especialmente, sin embargo, la antología de Iriarte reúne autores y visiones autóctonas de Bogotá en cada una de sus épocas. No se ofrece mayor presentación de figuras de la talla del gran poeta J.A. Silva, por cuyos versos destila siempre la esencia de lo bogotano, o del clarividente narrador costeño García Márquez. Descontados ellos, siguen otros menos conocidos, pero no menos respetables oficiantes del verbo, como J.M. Vergara, J.M. Cordovez Moure, P.M. Ibáñez, C. Soto Borda, T. Rueda Vargas o Enrique Caballero. Ojos sobre Bogotá pretende orientar al lector curioso por Bogotá, su historia y su esencia, y mostrarle cómo leer a estos ilustres colombianos no es tarea restringida para especialistas, sino goce sencillo y disponible a todo individuo corriente, inquieto y deseoso de aprender sobre nuestra hoy populosa ciudad andina.

En segundo lugar, vale destacar los textos introductorios de Alfredo Iriarte. A los veinte cronistas reunidos en Ojos sobre Bogotá es preciso sumar uno más: el propio compilador, no menos condicionado por esta peculiar urbe que los otros en su destino individual, ni tampoco menos avezado que ellos en el ejercicio de la pluma. Como académico versado y veterano artífice que es de la palabra, Iriarte se da (nos da) el gusto y el lujo de casi pasar desapercibido entre los textos que nos presenta. A medida que nos introduce en los trozos que ha seleccionado, Iriarte sabe adoptar el tono y ritmo específicos que en cada caso corresponden. Ésto, desde luego, no consiste en imitar el estilo literario de los autores antologados. Aunque, por ejemplo, no imita el castellano arcaico de fray Pedro Simón, cronista documentador de la fundación de Bogotá, su introducción al texto del clérigo español no sólo nos facilita su lectura, sino que nos la enriquece con datos complementarios que enmarcan el relato del fraile en un contexto histórico más amplio. En general, el compilador hace gala sin proponérselo de su dominio de los textos, autores y temas tratados. Algo similar ocurre con el manejo del len-

guaje. Como pez en el agua, o como Pedro por su casa, la prosa de Iriarte sabe adoptar (según convenga en cada caso) tonos alejandrinos, escolásticos, renacentistas, barrocos, ilustrados, románticos o contemporáneos...

Y sin embargo, quizá sea otra cosa lo mejor que Iriarte tiene para ofrecer a sus lectores. Nos referimos a su imperturbable y elegante humor, fruto depurado del talante y el modo de ser bogotano (y en sus mejores momentos deliciosamente cruel) que le permite, a lo largo de un objetivo y serio relato de la expedición conquistadora, transformar imperceptiblemente una concatenación de calamidades en un episodio perversamente jocoso.

Por todo esto, y con el apoyo de la Sociedad de Mejoras y Ornato de Bogotá y su Presidenta Elvira Cuervo de Jaramillo, para la Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano es un honor y un placer presentar, como una contribución a la comprensión de ese fenómeno histórico, social y cultural llamado Bogotá, este trabajo del maestro Alfredo Iriarte, conocedor como pocos de la historia de la ciudad en que nació.

UNIVERSIDAD DE BOGOTÁ
JORGE TADEO LOZANO

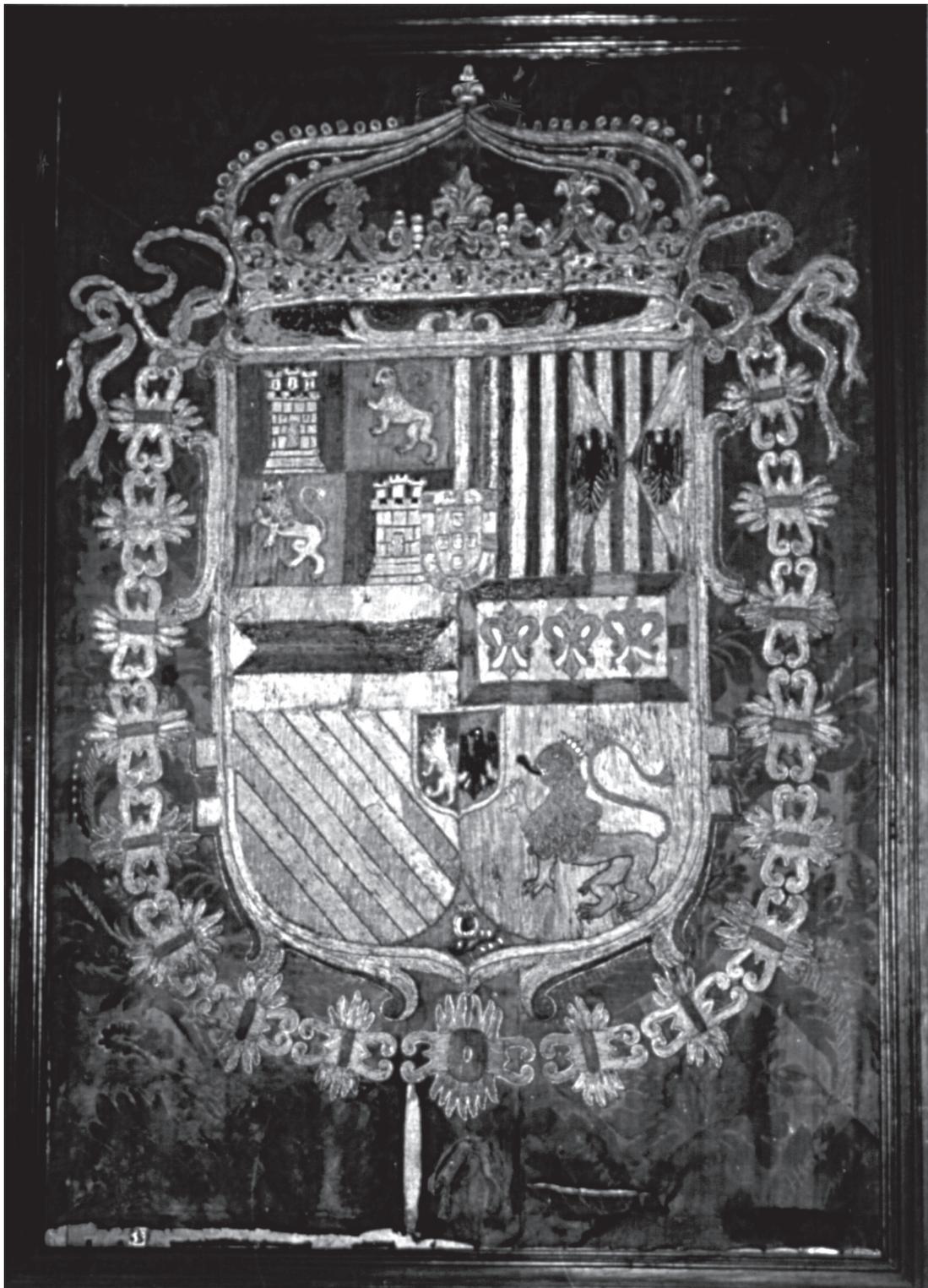
La Sociedad de Mejoras y Ornato de Bogotá y la Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano agradecen a todas las personas que de una u otra manera intervinieron en la realización de este libro, en especial al comité editorial integrado por Elvira Cuervo de Jaramillo, Alfredo Iriarte Núñez, Alfonso Velasco Rojas, Camilo Umaña Caro, Juan Camilo Segura y Juan Luis Moreno Carreño, quienes dirigieron este trabajo. Igualmente, agradecen la colaboración de Martha Segura y Francly Martínez López, sin cuya generosidad y colaboración esta publicación no habría sido posible.

Algunas de las fotografías fueron tomadas gracias a la colaboración de la Academia Colombiana de Historia, el Banco de la República, la Iglesia de la Veracruz, el Teatro de Colón, la Universidad Colegio Mayor del Rosario, el Museo Nacional de Colombia, la Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano, la Casa del Marqués de San Jorge, Pilar Moreno de Ángel y la Sociedad de Mejoras y Ornato de Bogotá.

OJOS SOBRE BOGOTÁ

CAPÍTULO I

Hacia una fundación en las alturas



ESCUDO DEL ESTANDARTE
QUE PORTABA GONZALO JIMÉNEZ DE QUESADA
COLECCIÓN ÁLBUM ORTEGA RICAURTE,
SOCIEDAD DE MEJORAS Y ORNATO DE BOGOTÁ

CUANDO PARTEN DE TENERIFE las naves que llevan hacia las Indias la poderosa expedición que encabeza don Pedro Fernández de Lugo, junto con su hijo Alonso Luis, finaliza el año de 1535. Las capitulaciones celebradas con la Corona no pueden ser más favorables. En ellas se estipula que don Pedro será gobernador de una vasta extensión de tierra firme cuya jurisdicción abarca todas las tierras que van desde el Cabo de la Vela hasta Cartagena de Indias, que ya es gobierno de su intrépido fundador, el desnarigado don Pedro de Heredia. Queda claro, pues, que la desembocadura del Río Grande de la Magdalena está incluida dentro de los dominios de los Fernández de Lugo.

La expedición es ciertamente colosal comparada con la mayoría de las que hasta entonces han zarpado hacia las Indias. Fernández trae mil quinientos peones y doscientos jinetes además de abundante provisión de arcabuces con la necesaria munición, rodelas, ballestas, armaduras, matalotaje para una larga travesía, además de yeguas y caballos de repuesto, no sólo para reemplazar los que sucumban en futuras jornadas, sino para multiplicar esta especie maravillosa sin la cual la conquista de América no habría podido pasar de los litorales.

Pero no olvidemos que, además de todos los aprestos y provisiones que quedan anotados, el capitán de esta tropa fija su atención en otras necesidades. Él no se puede permitir, ni la Corona se lo autorizaría, marchar a la cabeza de un contingente de malandrines sin Dios ni Ley. En consecuencia, embarca el número de frailes que se juzgan precisos para emprender con buen suceso la conversión de los bárbaros infieles. Y para que quede bien claro que en aquellas tierras salvajes no sólo habrá Dios sino también Ley, Fernández de Lugo recluta a un granadino (¿o acaso cordobés?) talentoso y elocuente, que ha cursado estudios de leyes en Salamanca, como justicia mayor de la expedición y de los asentamientos y fundaciones que se hagan en tierra firme. Es don Gonzalo Jiménez de Quesada, que a la sazón se acerca a los cuarenta años, edad que por aquellas calendas ya no se consideraba joven. Por otra parte, ni Fernández de Lugo ni sus inmediatos subalternos imaginan que detrás de

la catadura apacible del letrado se agazapa un guerrero holgadamente capaz de librar y ganar los más inverosímiles combates con un mínimo de recursos. Pero este caso no es el único ni es el primero. Apenas han pasado entonces quince años desde cuando otro estudiante de Salamanca, oriundo de Medellín, en Extremadura, hizo añicos, más a fuerza de genio político y astucia que de pólvora y caballos, el más grande y poderoso imperio de todas las Indias.

Las pestes y fiebres malignas por un lado, y las incursiones de los indios flecheros van diezmando inexorablemente a los españoles. El gobernador dispone la apertura de fosas comunes para arrojar allí como basuras las carroñas de los apestados y de los que mueren en medio de convulsiones atroces con las flechas enherboladas metidas en los bofes y las tripas. Y mientras tan terribles calamidades se abaten sobre los conquistadores, todo conduce a pensar que muy pronto no habrá un solo sobreviviente. Las plagas son enemigos invisibles e invencibles y los arcabuces, falconetes y espingardas poco o nada valen contra estos guerreros simiescos que no sólo se guarecen en la oscuridad de los matorrales, sino que se van mimetizando con los cambiantes colores de la manigua a medida que se desplazan por sus laberintos como si sus mamos y chamanes los hubiesen dotado de esta virtual invisibilidad. Y en medio de tan infernales tribulaciones, los españoles construyen en sus mentes afebradas toda laya de fantasías en torno al Río Grande que, acaso procedente del remoto sur, vierte un caudal jamás imaginado de agua dulce sobre el mar de los caribes. Las especulaciones no conocen límite. Quizás sea posible encontrar cerca de sus fuentes temperaturas más benignas, gentes menos selváticas, tierras más propicias para cultivos y ganados, y sobre todo, oro, mucho oro; el ya legendario e inalcanzable Dorado. Incluso algunos piensan que remontando el río descomunal será posible llegar hasta el Perú para disputar a Pizarros y Almagros la posesión y el usufructo de ingentes riquezas. Y como los dominios estipulados en sus capitulaciones limitan con Cartagena al occidente, pero no tienen barreras precisas hacia el sur, don Pedro Fernández de Lugo se convierte en el principal impulsador de una expedición que parta hacia el sur rumbo a los lejanos manantiales del Río Grande. La iniciativa no encuentra opositores puesto que hay consenso en cuanto a la urgencia de salir de aquel averno. Todos quieren partir. Pero el supremo capitán tiene sus razones para

permanecer en Santa Marta, que hasta entonces sigue siendo la sede de su gobernación. Doscientos soldados permanecen con él y unos ochocientos marchan con quien ha sido escogido por Fernández y aclamado por todos como el caudillo de esta audaz expedición hacia lo desconocido: el manso abogado de Salamanca, el respetable Justicia Mayor, cuya recia personalidad y don de mando se han hecho evidentes desde que llegó la expedición a Santa Marta. Nos referimos, desde luego, a Gonzalo Jiménez de Quesada, quien a su vez dirige un selectísimo grupo de capitanes, todos ellos veteranos de las guerras europeas, entre quienes se destaca don Gonzalo Suárez Rendón, veterano de Pavía, donde cayó prisionero de Carlos V el rey Francisco I de Francia, y de las luchas contra los otomanos de Solimán que sitiaron Viena en 1529. De modo que no son propiamente bisoños los lugartenientes que siguen a don Gonzalo Jiménez en esta aventura inaudita.

Se decide que la expedición se divida inicialmente en dos contingentes: uno, al mando de Diego de Urbino que, conformado por unos trescientos hombres, se embarca en una pequeña flotilla de bergantines armados a las volandas en Santa Marta, con rumbo a las bocas del Río Grande. El propósito es entrar por allí, remontar aquel torrente colosal y encontrarse con las huestes que, dirigidas por el propio Jiménez de Quesada, saldrán de Santa Marta trazando una raya oblicua hacia el suroccidente hasta llegar al río, más o menos a la altura de Chiriguaná. Este batallón se compone de unos quinientos hombres. De Santa Marta salen ochocientos y quedan doscientos con el Gobernador. Conclusión: en menos de dos años, setecientos de ellos han muerto aniquilados por plagas y fiebres tropicales o con las entrañas agujereadas y la sangre emponzoñada por las saetas de los indios. Y lo que todavía falta.

Esta fecha es importante: es el seis de abril de 1536. Ese día sale Quesada de Santa Marta con sus quinientos valientes y una mesnada de indios cargueros. Los bergantines zarparán casi treinta días más tarde. La salida de Santa Marta se ve rodeada de cierto aire triunfal que, lamentablemente, habrá de marchitarse bien pronto a lo largo de selvas, pantanos, lodazales y frente al despiadado asedio de mosquitos, víboras, caimanes e indios flecheros. El paso rítmico y garboso del corcel andaluz que monta el capitán va perdiendo la prestancia de su andadura a medida que se le hundan las patas en el fango

y los vegetales podridos; y los infantes, algunos de ellos debeladores de franceses, turcos y demás enemigos de su cesárea majestad, que salieron de Santa Marta con la marcha acompasada y marcial de los tercios invencibles, bien pronto hubieron de trocar su paso arrogante de dueños del mundo por el de una menesterosa caterva de dolientes. El contraste no podía ser más violento: caballeros y peones no transitaban por los caminos adoquinados de Europa sino por un infierno ante el cual le hubieran trepidado los remos al gigante Adamástor. Sin embargo, don Gonzalo parecía poseído por la convicción de estar escribiendo uno de tantos capítulos de la más asombrosa hazaña jamás emprendida y coronada a lo largo de los siglos, y por lo tanto no hubo un solo instante en que lo turbara el mal pensamiento de dar marcha atrás. Para colmo de adversidades, es época de lluvias intensas, sube el nivel de las aguas, los pantanos se hacen más intransitables y proliferan más aún los saurios homicidas, los lagartos, las culebras y los batracios de diversas clases. Y el hambre, el clima y las alimañas empiezan a cobrar vidas. Se acaban las vituallas y la hueste famélica debe modificar de manera violenta sus hábitos alimenticios. Capturan a los horrendos sapos y se los engullen de dos o tres tarascadas cuando tienen la suerte de que las bascas no les estropeen el inmundo festín. Por eso prefieren los renacuajos, que se comen como bocadillos, vale decir, en una forma algo más expedita. Igual ocurre con las culebras, dentro de cuya extensa variedad prefieren aquéllas cuya apariencia las aproxima un poco más a las lombrices que a las serpientes a las que basta un lancetazo para dejar sin vida a su víctima en dos minutos.

La defensa contra los invisibles flecheros es más compleja. Ya acercándose al río, los españoles se internan en territorio de chimilas, que son los más ágiles, aguerridos e inclementes de todos y los que, por ende, se hacen menos vulnerables a los fagonazos de los arcabuces. Son entonces los perros de presa los encargados de asumir el lugar y las funciones de las armas de fuego. Son bestias feroces, adiestradas con maestría para husmear, rastrear, dar muerte y devorar a sus víctimas en obra de pocos minutos. Son monstruos que no habrían menester más de una cabeza para custodiar con eficiencia aterradora todos los círculos y estancias del infierno. Y por supuesto, la presencia de estas fieras ahorra vidas de españoles, de lo que dan fe sus retornos triunfales a

los improvisados campamentos llevando en las fauces, a manera de trofeos, los entresijos aún palpitantes de los flecheros que apenas se aprestaban para disparar sus dardos venenosos cuando ya los colmillos de los perros los habían desgolletado sin remedio e iniciaban la comilona de vísceras y mesenterios. Es evidente que si los caballos fueron la avanzada gallarda e impetuosa de la Conquista, la innoble y alevosa corrió por cuenta de los perros asesinos. Pero hemos de reconocer que en casos como el de los chimilas, no había otro reparo posible.

En momentos en que Jiménez de Quesada avizora las márgenes del río descomunal es preciso volver al día en que, ya calafateados los siete bergantines y aseguradas jarcias y arboladuras, Diego de Urbino y sus improvisados nautas comienzan a singlar por las aguas apacibles de la bahía de Santa Marta rumbo al mar abierto para luego torcer el rumbo a la izquierda. Los muy cándidos creen que van a penetrar con la misma suavidad por las bocas del río sin sospechar ni remotamente que el destino que los aguarda es una laguna Estigia mucho más aterradora que la de nuestros padres helénicos. En efecto, después de una corta navegación sin contratiempos, la flotilla se acerca a las bocas que más tarde serán llamadas de Ceniza, en los malaventurados momentos en que se desata una furiosa borrasca y los bergantines empiezan a bailar como navicillas de juguete en medio del turbión. Gracias a una maniobra tan inteligente como audaz, Urbino logra llegar al margen izquierdo con sus hombres a salvo, lo cual es un milagro porque la embarcación se va a pique a pocos metros de la orilla. Detrás del suyo viene otro bergantín que se despedaza contra una roca y arroja a todos sus tripulantes a las fauces de los tiburones, para los que siempre ha sido ésta una zona predilecta. Los del tercer navío no corren mejor suerte. Se salvan del naufragio, pero no bien alcanzan a iniciar el disfrute de su buena estrella cuando cae sobre ellos una borrasca de flechas enherboladas que los deja sin vida luego de una agonía breve y atroz. Los victimarios son caníbales que acechan con sumo cuidado el desenlace de su cacería. Y en cuanto comprueban que sus presas se hallan inertes, se da comienzo a los preparativos del banquete. Los españoles son espetados como cerdos, cocidos a toda prisa, hechos cuartos y devorados a medio asar dentro de las más escalofrantes manifestaciones de regocijo. Claro está que el alborozo de los antropófagos

es más la celebración de una victoria que la de una suculenta comilona, pues todo nos lleva a pensar que estos escuálidos españoles que tan mal nutridos venían de Santa Marta no debieron de ofrecerles una carne de la mejor calidad en zona alguna de su menguada anatomía.

Cuatro bergantines son el resto de la flotilla. Dos de ellos logran llegar a Cartagena, donde sus tripulantes tienen la dicha de toparse con Urbino y sus hombres, que han llegado a la villa de Heredia arrastrando penosamente sus esqueletos, vale decir, caminando desde la ribera del naufragio hasta Cartagena. Quedan dos buques a los que acompaña mejor suerte, puesto que consiguen penetrar en el río por una boca menos bravía y llegar hasta la altura de Malambo, donde echan anclas para esperar los refuerzos que habrán de llegar más pronto que tarde de Santa Marta. Los bergantines averiados son atendidos como enfermos por los calafates, sanan de sus heridas, y al mando del licenciado Gallegos se ponen en marcha, penetran con mejor suceso en el río, se unen con los de Malambo y siguen remontando la corriente. Pero los chimilas y otros flecheros no dan tregua. Miles de saetas caen en cada guazábara sobre los bergantines, desde donde los españoles, mejor parapetados, responden a arcabuzazo limpio y con resultados relativamente propicios.

Por disposiciones expresas del Adelantado Quesada, la expedición sigue dividida en dos a partir del instante jubiloso en que los dos grupos se reúnen en el sitio de Sompallón. La hueste descansa, los hombres consumen vituallas aptas para seres humanos, pero no hay tiempo que perder. Torna a separarse la tropa, los bergantines siguen remontando la corriente y los hombres de a pie, junto con los pocos jinetes, se internan en lo peor de la selva. Cuatro siglos más tarde, un hombre nacido cerca de las fuentes del gran río describirá con un patetismo inigualado –y tal vez inigualable– el terror demencial de los hombres extraviados en el averno sin caminos de la manigua, donde no hay día ni noche porque las copas de los árboles colosales se entrelazan y se unen para impedir el paso de los rayos solares. En aquellas jornadas de «la febril epopeya de Rivera», así llamada por Guillermo Valencia, tampoco puede decirse que todo es noche, precisamente por haber desaparecido el día. Allá lejos, muy arriba, donde llegan a su tope los fustes descomunales de los árboles, sí hay algarabía de amaneceres, esplendor de horas meridianas y policromías

crepusculares. Pero debajo de esa inmisericorde techumbre vegetal los ojos se extravían en las tinieblas perpetuas y únicamente los oídos perciben –eso sí, con una constancia que enloquece– el chillido cacofónico de los cuadrúmanos saltarines y la algazara de los pericos que en bandadas se desplazan sin reposo entre la claridad y las tinieblas. Aquí los hombres tienen que hacer esfuerzos extenuantes para que no se les salga de madre la razón, y ponerse de acuerdo para que mientras algunos cierran los ojos en desesperada y vana procura del sueño, otros velen atentos al silbido de las víboras o a la siniestra aparición en la oscuridad de los dos puntos fosforescentes y paralelos con que los jaguares anuncian su presencia letal.

Y mientras allá en el río los chimilas convierten a menudo los bergantines en densos alfileteros, y esta suerte aciaga se hace extensiva a algunos tripulantes, el destino de los que avanzan por la ribera va empeorando. Un día Quesada descubre a uno de sus hombres que, ya completamente desfallecido, ha buscado el apoyo que le brinda el tronco de un árbol para aguardar allí la llegada de la piadosa muerte que pondrá fin a sus tribulaciones. El Adelantado le recrimina con aspereza su flojedad y aprovecha la ocasión para advertir que a los que se tumben a aguardar la muerte se les abreviará la espera colgándolos del pescuezo. Pocos días más tarde muere un caballo, acaso mordido por una serpiente. Los soldados lo despresan, lo echan al caldero y se dan una tragan-tona voraz que termina en varios duelos mortales a cuchillo por la posesión de las verijas o por el reparto de una tripa. El capitán se cerciora de que la muerte de la bestia no ha sido provocada por los soldados, pero advierte que si tal cosa llegare a ocurrir, los responsables serán izados del gollete para escarmiento de los demás. Y no le falta razón al Adelantado. No otra decisión se vería obligado a tomar cualquier homólogo suyo de hoy, si en circunstancias similares descubriera que sus hombres anduvieran comiéndose los automotores, en caso, por supuesto, de que ello fuera viable.

Pero ahí no paran las precauciones que se ve obligado a tomar don Gonzalo. Todavía recuerdan y comentan estos infelices el horror de saber a sus compañeros comidos en las bocas del río por los indios antropófagos, cuando la hambruna los lleva a mirarse unos a otros con ojos golosos. Un día muere uno de ellos que, desde luego, no es el primero, pero sí el que inaugura la

caldera. Con pulso de expertos carniceros, dos soldados lo hacen trozos y lo cuecen. Hay consenso para evitar dentro de lo posible disputas cruentas por los pedazos del finado. La merienda resulta parva porque el difunto, igual que los sobrevivientes, era ya una momia ambulante. Pero el hambre es un condimento insuperable y el muerto, por cuya alma oran horrorizados los frailes, de todas maneras les sabe mejor y los reconforta más que los sapos, culebras y lagartijas del condumio habitual. Sin embargo, el capitán Quesada está justamente alarmado. El hombre que acaba de ser comido ha muerto de veneno ofídico, de fiebres, de hambre y de cualquier otra causa semejante. Pero el sagacísimo caudillo de la expedición comprende que si no actúa con prontitud y energía, su valiente empresa no tardará en convertirse en una salvaje matazón de caníbales. Los soldados enloquecen de hambre y Quesada adivina que no están dispuestos a que los jaguares y los caimanes les arrebatan la carne redentora de los compañeros más débiles e incautos. Pero Quesada les madruga a todos, y con la energía y reciedumbre que nunca le han fallado previene a sus hombres: difunto que aparezca con señales de violencia infligida por mano de otros hombres, no partirá solo hacia la eternidad sino, por el contrario, bien escoltado por sus matadores reales o presuntos. Y la amenaza queda conjurada.

Pero éstas son apenas algunas de las adversidades que afronta el intrépido licenciado de Salamanca. Cuando la menguada hueste se aproxima a la zona que hoy conocemos como el Magdalena Medio, comienza a cernerse sobre ella la fatídica sombra del motín, en el que piensan seriamente los que, ya desesperados, quieren volver a Santa Marta. La historia presenta unas afinidades y unos paralelismos que sorprenden. Algo más de cuarenta años antes, el gran Almirante Cristóforo Colombo vio de cerca la inminencia de la rebelión que lo obligaría a poner proa hacia España, cuando ya flotaban maderos en el agua y aves en el aire que delataban la proximidad de tierra firme. Y a ello lo hubieran forzado los marinos insurrectos, si su buena estrella no hubiera brillado en la garganta de Rodrigo de Triana en la alborada del doce de octubre de 1492. Pasan 45 años y esta historia de pesadilla se repite en lo esencial en las tórridas orillas del Río Grande de la Magdalena. Cuando de manera perceptible se siente crecer la alta marea de la inconformidad; cuando los hombres

de Quesada no dan ya una higa por las maravillas que albergan las fuentes del río; cuando la maciza autoridad del Adelantado se resquebraja y tambalea, la tropa de los famélicos y desesperanzados llega al sitio que en lo sucesivo será conocido como la Tora de las Barrancas Bermejas. Allí hay bohíos, hay labranzas, hay nativos que en vez de asaetear a los españoles huyen de ellos. Se esfuman como malos sueños las intenciones subversivas. Comienzan entonces los emisarios de don Gonzalo a internarse hacia arriba por los ríos menores que desaguan en el grande y por caminos rudimentarios que trepan hacia las montañas. Y retornan los primeros con las manos rebosantes de signos promisorios: panes de sal y mantas de algodón tejidas con pericia. No cabe duda. Las pistas no mienten. Es imperioso seguir las para llegar al país de la sal, vale decir, a la civilización. En la travesía, que a veces es penosa, hay, sin embargo, a cada paso signos de esperanza. Los soldados hambrientos se dan ya con alguna frecuencia panzadas de bollos de maíz adobados con sal que naturalmente les saben a gloria bendita. Y siguen apareciendo indios portadores de mantas y sal, con lo que aumentan los palpitos de los españoles de hallarse no lejos de una nación organizada.

Cuando Quesada, finalmente, decide emprender el ascenso definitivo hacia el país de la sal, imparte órdenes muy concretas al capitán Gallegos. Permanecerá con los enfermos y con suficientes bastimentos a la orilla de las Barrancas Bermejas durante seis meses. Si transcurrido ese tiempo él –Quesada– y los expedicionarios no han regresado, deberá poner proas a Santa Marta. Eso es todo. En seguida, el Adelantado y algo menos de doscientos espectros inician el ascenso, que luego de vencer algunos tropiezos y dificultades que jamás se comparan con los horrores que dejaron atrás, llega a feliz término en el Valle de la Grita, desde donde los dichosos españoles divisan infinitos bohíos («El Valle de los Alcázares») e incontables columnas de humo que delatan mucho de todo lo bueno que tiene la civilización. Allí se producen los primeros encuentros con los nativos, a quienes inspiran temor ante todo los caballos y las barbas de los visitantes. Y, por supuesto, se repite entonces y aquí una vez más la maldición babélica. Ante la imposibilidad de hallar trujamanes que tiendan puentes de palabras entre unos y otros, todos aguzan la intuición. Los españoles comprenden que uno de los temores de los nativos es

el de ser comidos por los advenedizos como lo han sido algunos de ellos por los bárbaros de estirpe caribe que circundan la gran nación muisca y la asedian sin reposo. Para salir de dudas les envían ancianos y grande es su alivio cuando comprueban que los españoles, en vez de destazarlos y engullírselos, los acogen con benevolencia y les obsequian bolas de vidrio y otras baratijas. Pero los aborígenes son cautelosos. Piensan que acaso los barbudos no se han comido a los carcamales por no encontrar su carne apetecible. Entonces les entregan niños saludables y regordetes que retornan sanos y salvos llevando consigo otros tantos abalorios. Esta experiencia acaba de disipar los temores y nacen tímidamente las primeras amistades.

Los hombres blancos penetran en la verde sabana sobre la que se asienta la nación de los moxcas o muiscas. Don Gonzalo va en su caballo ufano y optimista. Del arzón le cuelgan en racimos cuatro o más panes de sal sujetos con cabuyas. Y vienen los días gozosos de la compensación. Atrás quedaron las repulsivas meriendas de ofidios y batracios, de caballo, de mico y de carne de compañero muerto. Ahora son las costillas y perniles de los venados, que tanto abundan en la meseta, cocidos a la brasa, generosamente sazonados con sal y acompañados con bollos de maíz y turmas, que don Juan de Castellanos describe con notorio agrado:

*del tamaño de un huevo más o menos,
unas redondas y otras perlongadas;
son blancas y moradas y amarillas,
harinosas raíces de buen gusto*

A estas delicias se agregan los sabrosos pececillos que los indios cogen en abundancia en las aguas cristalinas del río Funza, después llamado Bogotá.

Es en marzo de 1537 cuando Jiménez de Quesada y su famélica hueste de sobrevivientes avizoran por primera vez el verde incomparable del altiplano. Poco después, todos andan como posesos trazando sobre la meseta las rutas ignominiosas de la codicia, alienados por la fiebre del oro que, desde luego, los lleva a perpetrar todos los desmanes y tropelías que juzgan necesarios para concretar en realidades tangibles las quimeras que vienen acariciando y magnifican-

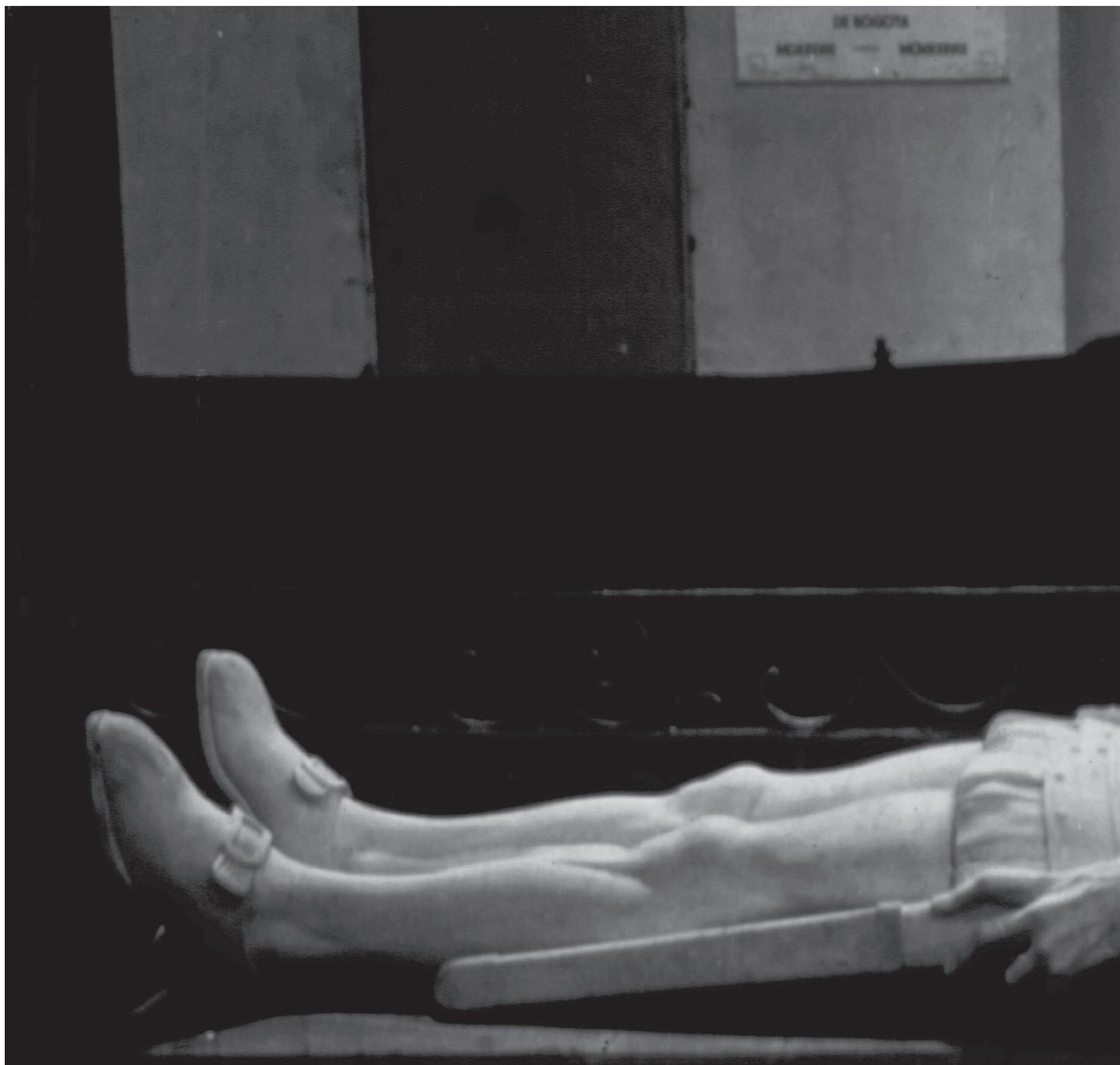
do desde que salieron de Santa Marta. Algo consiguen pero no lo que esperaban. La verdad es que la nación muisca no es opulenta en oro. El que tienen es fruto del comercio con otros pueblos que lo entregan, junto con otros valiosos productos, a trueque de la sal. Pero don Gonzalo no va a cometer la torpeza suicida de abandonar este paraíso para aventurarse por Dios sabrá qué azarosos andurriales en procura de ríos y cascadas de oro. Promediando 1537 él ya ve lo que quizás los otros no han percibido. Ciertamente el oro es escaso. Pero en cambio hay algo que, visto con objetividad, vale más que los metales preciosos: mano de obra numerosa y dócil hasta extremos indecibles, que puede ser la materia prima para construir un emporio de encomiendas con pocos pares en el Nuevo Mundo. Sobre el humus de esta tierra privilegiada, millares de indígenas trabajarán para él y sus capitales a trueque del mensaje evangélico que tratarán de sembrar en sus toscos entendimientos los curas doctrineros. Quesada no lo piensa dos veces. Y es entonces cuando se da concienzudamente a la tarea de buscar en aquellas vastas extensiones el sitio más adecuado para fundar el núcleo urbano en torno al cual girará aquella espléndida constelación de encomiendas, tardío trasunto feudal que garantizaría a los conquistadores la opulencia y la molicie que bien se habían granjeado luego de tantas adversidades y tan crueles padecimientos.

Con muy acertado criterio descarta Quesada la sabana abierta por ser anegadiza y virtualmente inhabitable en tiempos de lluvias. Entonces vira hacia las estribaciones de los cerros orientales y, más exactamente, hacia el sitio de Teusaquillo, que el zipa había diputado como el paraje ideal para refugiarse en tiempos no propicios. A don Gonzalo lo tiene sin cuidado el hecho de estar decidiendo la fundación de la que no tardaría en ser la ciudad más inaccesible y aislada del mundo occidental. Él no entra en esas consideraciones más propias de arúspices que de hombres prácticos, de la misma manera en que no lo afectan similares pensamientos cuando envía a su distinguido subalterno Gonzalo Suárez Rendón a fundar en el reino de los zaques otra ciudad no menos insular. Si los viajeros iban a tardar desde Cartagena de Indias hasta la nueva urbe dos o tres meses de un viaje espantable, allá ellos con sus dificultades. Don Gonzalo Jiménez de Quesada ya ha fijado el sol de su sistema planetario en los riscos de Teusaquillo y sus contornos, con un clima seco, abundante provisión de agua corriente y el abrigo providente de los cerros. Ya entonces

TUMBA DE GONZALO JIMÉNEZ DE QUESADA EN LA
CATEDRAL PRIMADA DE BOGOTÁ

FOTOGRAFÍA DE G. CUÉLLAR

COLECCIÓN ÁLBUM ORTEGA RICAURTE, SOCIEDAD DE MEJORAS
Y ORNATO DE BOGOTÁ





su certera intuición le dice que desde este villorrio escondido del universo será gobernado un reino varias veces más extenso que España. Por eso llega con tanta seguridad, jinete en su caballo andaluz, a orquestar la ceremonia que tuvo lugar el seis de agosto de 1538.

La fundación de Bogotá según fray Pedro Simón

«Asentadas las paces y pacificada, como hemos dicho, la tierra de Bogotá y la mayor parte o casi toda la del Tunja, trató el general Quesada de poner en ejecución los intentos, que ya algunos días había le solicitaban el pensamiento de irse a España a dar cuenta al Emperador de sus descubrimientos y fin a sus deseos, de que se le diese lo conquistado en gobierno o adelantamiento, desmembrando del de Santa Marta. Por lo cual intentó el viaje a Cartagena y de allí a España, sin que lo supiese el Adelantado don Pedro Fernández de Lugo, cuya muerte aún no se sabía, ni se supo hasta la llegada del general Sebastián de Belalcázar, que trajo la nueva. Porque no tocando en Santa Marta, iba con seguro de que no se había de saber su viaje, pues llegando en Cartagena y comprando con la brevedad posible (pues llevaba bien con qué) un navío o en otra comodidad de las mil que entonces había, cada hora se podía hacer, sin estorbo del don Pedro, de quien también pensaba a tomar prestado el oro y esmeraldas que le había cabido de parte, para tener más con qué negociar que se desmembrase de su gobierno lo conquistado de nuevo, aunque fue con orden y comisión suya. Estando, pues, ya resuelto en estas determinaciones, las tuvo también de no ejecutarla, hasta dejar asentada y poblada alguna ranchería a modo de pueblo, en donde quedasen avecindados los españoles que dejaba, para que el Bogotá¹ se lo dejasen libre a los indios que andaban fuera de sus casas, por tenérselas ocupadas los soldados. Para lo cual despachó a los capitanes Juan de Sanmartín y Gómez del Corral con algunos peones que fuesen a la parte del poniente, que eran las entradas a los panches, y por donde entraron los soldados que volvieron de la última victoria que habían tenido ellos; y a los capitanes Juan de Céspedes y Lebrija con otros soldados, que fuesen a la parte del este, o nacimiento del sol, y mirasen con atención dónde sería más a propósito hacer la población, según las comodidades que ha menester un pueblo para su edificación y conservación. Mientras salieron los capitanes por sus trochas a dar vista a la tierra envió el general por otras a llamar algunos caciques de quien se tenía más satisfacción, para prevenirles

1. Es decir, el sitio de Bogotá indígena.

y que ellos avisen a los demás del intento que tenía de hacer casas para sus soldados y gente, porque ellos como la suya las hiciesen. A que acudieron con gusto los caciques, de quien también se quiso informar el Quesada, como de gente que tenía bien experimentada y tanteada la tierra, cuál era la mejor para asentar las casas. A que los indios no se atrevieron para que no les cargasen la culpa si, guiados los nuestros por su parecer, no fue tan a propósito donde se edificase. Y así respondieron que el hacer las casas tomaban a su cuenta, pero el señalar el sitio tomasen ellos a la suya, pues tenían tierra harta donde escoger. Juzgaron los nuestros ser de hombres cuerdos la respuesta y que bastaba haber sacándoles el querer hacer los bohíos la cual diligencia estaba ya hecha cuando llegaron los capitanes de hacer lo que les ordenaron.

Dio cada cual su razón de la tierra que había pisado, y conferidas entre todos las de todos, guiadas todas al mejor acierto, les pareció serlo hacer los bohíos a la parte del oriente respecto de donde estaban, a las faldas de la tierra por la parte que mira al occidente y norte, donde estaba poblada una aldea llamada Teusaquillo, que hoy permanece, que estaba a cargo de un principalejo llamado de ese nombre, vasallo del cacique de la ciudad de Funza, que estaba poblada dos leguas de allí el valle arriba. Lo que hizo determinar la fundación en aquel sitio, fueron las comodidades que en él hallaron, que son las que debe tener el de una ciudad cuerdamente poblada, porque el suelo tiene la altura que ha menester para que corran las aguas sin empantanar las calles y plazas y le falta la que no ha menester que hiciera las calles dificultosas de andar, dos quebradas de dulcísima y saludable agua que se descuelgan de lo alto de la sierra, la una tan abundante que aún en años que no lo son de aguas, sustenta las molindas de la ciudad, mucha piedra para los edificios, la leña que ha menester, buenos aires, aunque es más continuo y a las veces aflige el viento que en la Europa llaman ábrego o meridiano y los marineros viento sur, porque viene de la parte de las estrellas que ellos llaman sur, y en esta ciudad se llama Ubaque, porque a la parte de donde él viene está un valle así llamado que tiene muchos pueblos de indios: es el cielo claro de ordinario, las vistas de la ciudad a la parte del poniente y norte largas y extendidas, sin estorbo de nada. Pero lo que no poco se advirtió para escoger este sitio, fue el amparo que tenía del cerro y serranía por la parte del oriente, por donde no podía ser molestada la población de los enemigos, si acaso sucediese alguna rebelión o alzamiento de los naturales. Y porque en otra ocasión trataremos más a propósito de esto, paso a decir cómo tomada resolución en el sitio, se tomó luego en la edificación.

Y así, llamando a los indios que se habían ofrecido hacerla, fue el general con los más de los capitanes y soldados al puesto. Y estando todos juntos, el Gonzalo Jiménez se apeó del caballo, y arrancando algunas yerbas y paseándose por él, dijo: que tomaba la posesión de aquel sitio y tierra en nombre del invictísimo emperador Carlos V, su señor, para fundar allí una ciudad en su mismo nombre. Y subiendo luego en su caballo, desnudó la espada diciendo, que saliesen si había quién lo contradijese a aquella fundación, porque él la defendería con sus armas y caballo, y no habiendo quien saliese a la defensa, envainó la espada y mandó al escribano del ejército hiciese instrumento público que diese testimonio de aquello, con testigos. Trazáronse luego sitios para doce casas o bohíos de paja, que pareció ser bastantes para los españoles que dejaba en la tierra el general, porque tenía determinado llevar consigo sesenta a España o a lo menos que le fueran todos éstos acompañando para el resguardo y seguro de su persona, hasta pasado el riesgo de enemigos que era hasta Cartagena, aunque Dios lo ordenó mejor, como luego lo veremos.

Los indios pusieron luego manos a la obra en que dieron presto fin, por ser muchos los materiales y oficiales que se juntaron, dejando los doce bohíos muy capaces y bien acabados a su modo, que como hemos dicho otras veces, son de palo que a trechos se van hincado en la tierra, llenando los vacíos de entre uno y otro de cañas y barro, y las cubiertas de paja sobre fuertes y bien dispuestas varas. Y he oído decir después que pisé esta tierra que la intención con que no fundaron más que estas doce casas fue por corresponder al número de los doce apóstoles, deseando que ésta su ciudad, pues era de las que tiene la Iglesia católica y fundada por católicos permaneciese todo el tiempo que la misma Iglesia que ha de ser hasta el fin del mundo, fundada después de Cristo por los doce apóstoles. Siempre me ha parecido bien el pensamiento y más cuando veo los grandes crecimientos que ha ido teniendo siempre esta ciudad y hoy se van continuando más aprisa en vecinos que de nuevo vienen de España y de otras sus convecinas ciudades, viniendo a buscar en ésta las comodidades que no hallan en las suyas.

No se olvidaron los españoles de señalar solar y sitio en el más principal entre los bohíos para que se edificara iglesia, y fue en la misma parte que lo era ahora, porque no habiéndose mudado la ciudad de como se fundó con los doce bohíos, sino que allí mismo ha ido teniendo su extensión y crecimiento hasta el que tiene ahora. Tampoco se ha mudado la iglesia a otra parte del pueblo de como se edificó al principio en la mejor de todo él, como hoy se ve que lo es, a cuya bondad corresponde la del edificio de quien en otra parte trataremos. No fue la fábrica de esta primera iglesia de otros materiales que los de los bohíos,

porque ni los había, ni oficiales, ni ocasión para más de lo que se hizo por entonces.

Ya se iban llegando los primeros días de agosto cuando se edificaban estas casas, y ya acabadas con la iglesia a los seis de él, en el mismo año de mil y quinientos y treinta y ocho, después de cinco meses de como habían entrado los españoles en la tierra del reino, se dijo la primera misa, día de la transfiguración de Cristo, en aquella primera y humilde iglesia, que fue la primera de las muchas que después se han ido fundando en pueblos de indios y españoles por todas las tierras de estos grandes reinos. Desde este día se cuenta la fundación de esta ciudad de Santa Fe de este Nuevo Reino de Granada en esta tierra firme de las Indias Occidentales, nombrado Nuevo Reino de Granada por el descubridor don Gonzalo Jiménez de Quesada a devoción, como ya hemos dicho, del reino de Granada en España, donde él era vecino y salió para las provincias de Santa Marta. Y a la misma devoción llamó Santa Fe a la ciudad, por la que está fundada del mismo nombre, cerca de la misma ciudad de Granada en su llana y apacible vega, a que también se parecen mucho los anchos y apacibles llanos de este valle o sabanas de Bogotá, en cuyo lado está poblada nuestra ciudad, que hoy es la tercera después de la de Lima en el Perú y la de México en la Nueva España, de más calidad y lustre de cuantas hay pobladas en todas estas Indias Occidentales. Pues sus grandezas son tales y tantas, que deja en ellas muy atrás más populosas que hay en estos indianos suelos, como veremos en su lugar. Aunque me ha parecido ser de ésta el tratar de lo que se hace en ella todos los años el día de la transfiguración, en memoria de aquel primer día que se ofreció aquel inmenso sacrificio incruento de su precioso hijo al padre eterno, refrescando juntamente las memorias, que es razón se tenga del primer día que se fundó la ciudad, pues todo fue uno, como hemos dicho».

Bibliografía

FRAY PEDRO SIMÓN

Noticias históricas de la conquista de tierra firme en las Indias Occidentales.

Bogotá: Biblioteca Banco Popular, 1982, parte segunda, segunda noticia, capítulo XXXVI y primer párrafo del XXXVII.



SOCIEDAD DE MEJORAS Y ORNATO DE BOGOTÁ



UNIVERSIDAD DE BOGOTÁ
JORGE TADEO LOZANO

